

alli adelante como á una santa virtuosa doncella , á la que hasta entonces habian perseguido como á una hija contumaz y rebelde.

Viéndose la sierva de Dios victoriosa de tan crudas batallas en una paz tan dulce y apetecible , como antes habia sido penosa y temible la guerra en que se habia hallado , soltó las riendas á su fervoroso espíritu para que se emplease sin reserva en todos los ejercicios piadosos. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres : conocia además que éstos no se hallarian mal con su ausencia ; y tanto por lo uno como por lo otro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que hizo en todos los conventos de Madrid fueron esquisitas , no lograron el efecto deseado. Afligiase María Ana viendo frustrados sus deseos , y pudo tanto en ella el anhelo de vivir entre vírgenes , que concibió un arriesgado proyecto , que á no venir del cielo , toda humana prudencia le juzgaria temerario. Determinó salir de su casa sola y caminar á Ocaña , en donde habia oido decir habia conventos en que serian sus esperanzas cumplidas. Sola , determinada , sin confiar á nadie su secreto , sale de noche de la casa de sus padres á pié esta tierna doncella , sin mas provision para el camino que la firme esperanza que tenia en su Esposo , y la viva fe con que creia que Dios nunca desampara á los que en él confiaron. Pocas leguas anduvo cuando se la presentaron á un solo punto de vista todos los peligros á que iba espuesta una jóven con diez y nueve años de edad , sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en ella tanto espanto , que se volvió á la casa de sus padres , en donde en una vision admirable la dió el Señor á entender por medio de su Madre santísima que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entre tanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de su espíritu que pudiera tener en el convento mas retirado , doblando los ejercicios de humildad , de caridad , de mortificacion , y generalmente de todas las virtudes. Instruia en ellas á dos hermanitas suyas , enseñándolas que huyesen del mundo , de sus pompas y vanidades ; á que despreciasen los atractivos del amor terreno , y á ejercitarse en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud , y María Ana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la sierva de Dios de tranquilidad y reposo , gozando en él las verdaderas delicias de la vida espiritual ; pero Dios , que la habia visto pelear y vencer con tanto desnudo , permitió que entrase en otra nueva guerra , tanto mas temible ,

cuanto los enemigos eran menos visibles , y sus armas templadas con toda la fuerza de la naturaleza , y los atractivos de los deleites. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad ; los mas obscenos objetos se presentaban á su mente donde quiera que estaba ; sin que pudiesen preservarla ni la leccion , ni la meditacion , ni el trabajo corporal , ni todos los ejercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Acogojábase su espíritu , lloraba , gemia , acudia á Dios en la oracion , sin que por eso se templase el rigor de la porfiada tentacion. Persuadida á que semejante enemigo no se vence sino con ayunos y oraciones , comenzó á macerar su delicado cuerpo con tan estraños artificios , como pudiera una mujer profana emplear para gozar de las mayores delicias. Vistióse á raíz de las carnes un áspero silicio ; en el pecho traia una corona de penetrantes espinas , la cual , dice ella misma , que la parecia un ramillete de flores ; llenaba de piedrezuelas los zapatos para sentir una mortificacion dolorosa ; dormia sobre unos grandes manojos de cambrones y zarzas , en que se echaba desnuda , y se hallaba mas contenta cuando las puntas sacaban de su cuerpo virginal copiosos arroyos de sangre. Esto mismo lograba con una corona de espinas que ponía sobre su cabeza para aumentar los dolores. Con tan estrañas mortificaciones logró una completa victoria del comun enemigo y de las pasiones sensuales , sin que tanto tropel de acontecimientos hubiesen servido para otra cosa que para hacer mas completo su triunfo , y su purísima virginidad mas acrisolada y hermosa.

Parece que despues de once años que duró esta sangrienta batalla , la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias ; pero no fué así , porque algunas personas doctas suscitaron en el ánimo de su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio , en la cual tuviese que entender el tribunal de la Fe. A la sazón se hablaba mucho del proceso de Agustín Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas ; pero que en realidad no eran sino unos visionarios embusteros , que reunian en sí todos los engaños de la hipocresía , de la supersticion , y de una temeridad blasfema. Con este motivo se exacerbó tanto el espíritu de su padre , vanamente temeroso , que comenzó á perseguirla con mas crueldad que al principio. Porque no solamente la maltrataba , sino que la impedía sus devotos ejercicios ; tanto que pidiéndole la sierva de Dios la permitiese retirarse á hacer labor á un aposentillo , el padre se lo negó , obligándola á residir en el bullicio. Sufrió la Santa este trabajo con invencible fortaleza , ayudada

de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la alteza del espíritu de María Ana era superior á las luces de aquel venerable padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu, no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Rezelo además de esto si en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así un dia que llegó á confesarse la despidió para siempre. La humilde María Ana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y dirigida de superior impulso, se fué al convento de la Merced, en donde encontró al venerable P. Fr. Juan Bautista del Santísimo Sacramento. Este piadoso varon, que algunos años despues fué fundador de los Mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de María Ana; y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espíritu Santo, en breve hizo tales progresos en la virtud, que casi llegó al grado supremo de santidad.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres mas tranquilizados ya en sus temores, la daban amplia libertad para que se ejercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponía en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta María Ana con los trabajos y dolores que hasta entonces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasion sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la Santa un dia contemplando en aquel paso acerbísimo de la pasion de Jesus, cuando este Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fué presentado al pueblo, que en confusa griteria clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veía al Salvador en aquella forma dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion, tomó la corona del Señor con sus manos, y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienas por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos como si realmente hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se llegaron varias enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo, hasta la edad de treinta y tres años en que el Señor quiso que tuviesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la Santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono majestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decia así: *Hija mia, ¿te holgarias de estar en mi cruz?* y que ella respondió: *¿Cuando, amorosísimo*

Señor, dulce esposo y unico dueño de mi corazon, mereci yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegria, si así es vuestra voluntad. En el mismo instante sintió en sus pies y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu Santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A este inefable favor se siguió otro, que fué el término de todas sus penas, y principio feliz de una dichosa vida. Este fué una tranquilidad de ánimo, y una paz tan suave, que de allí adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldías, gozando de una paz tan apacible como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe III, y éste trasladó la corte á Valladolid, tuvo la Santa que seguirle, y tuvo por director en aquella ciudad á un hermano del venerable Luis de la Puente, llamado Andrés, y era del orden de Predicadores. Fundóse por aquel tiempo, que fué el año 1603, la Reforma de la Merced, debida al infatigable zelo del venerable Fr. Juan Bautista, cuyo nuevo instituto habia revelado el Señor á su sierva María Ana, asegurándole el feliz suceso de la fundacion. Si no se halló presente al acto solemne del establecimiento de la Descalcez Mercenaria, en que tuvo tanta parte, y del que habia de ser el ornamento mas esclarecido, no se pasó mucho tiempo sin que viniese á celebrar los triunfos del insigne Reformador. Volvió la corte á Madrid por los años de 1606, cuando ya florecian fundados seis conventos de la Reforma en Andalucia y Castilla, estaba concedida la de Madrid y determinado el sitio donde se habia de ejecutar, que era la ermita de Sta. Bárbara.

Para poder enteramente dedicarse María Ana al servicio de Dios en el mismo templo, y acercarse mas á los consejos de su venerable confesor, á fines del mismo año de 1606, ó principios del siguiente, con licencia de su padre fabricó una pobre celdilla en un portal contiguo á la ermita de Sta. Bárbara que la franquearon los religiosos, habiendo sido echada con impropio de una pequeña casa que habitaba allí cerca. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducía á dos sillas viejas, y una estera que servia de asiento y de alfombra á las muchas y grandes señoras que venian á visitarla. Tenia además sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducía á un corcho sobre que se recostaba, sirviéndola un madero de almohada. A

estos ajuares se llegaban los cilicios, disciplinas, rалlos, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas ellas teñidas de su inocente sangre. En este sitio se juzgó María Ana como en una soledad y retirado desierto, en donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañía una mujer llamada Catalina de Cristo, cuya rudeza y aspereza de condicion fueron instrumentos para labrar la paciencia de la Santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas relajadas, sino aun á aquellas que con verdad se pueden llamar devotas y fervorosas. La simple narracion de las ocupaciones que tenia destinadas á cada hora, es una prueba auténtica del alto grado de santidad á que habia llegado la beata María Ana. Levantábase á las doce de la noche á la contemplacion de los divinos misterios, que duraba todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de maitines. Hasta las tres seguia un breve sueño con que recreaba algun tanto sus miembros fatigados. A las tres se levantaba, y permanecia en contemplacion hasta el amanecer, despues de haber rezado varias oraciones vocales sumamente devotas. Desde esta hora hasta las doce del dia permanecia en la iglesia, en donde confesaba, comulgaba y oraba, á escepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus prójimos. Encaminábase luego á su celda, en donde recibia un alimento tan escaso, que apenas bastaba para conservar la vida. El tiempo que restaba hasta las dos le consumia orando postrada delante de una cruz que tenia en el huerto. A las dos volvia á la iglesia, asistia á las vísperas, y despues se entregaba al beneficio de sus prójimos hasta las cinco, en que volvia á la oracion mental, y perseveraba en ella una hora entera. Oia completas, y volviendo á su celda comenzaba de nuevo los ejercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que comenzaba la leccion espiritual. Esta duraba dos horas; y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para volver á comenzar de nuevo su diario ejercicio.

Aunque se hallaba la sierva de Dios junto á aquellos religiosos, con quienes era la voluntad del Señor que viviese para agradarle, observando los mismos votos y artículos esenciales del orden, tuvo siempre mucha repugnancia en vestir hábito público por ser enemiga de usar traje respetable; pero llegó el dichoso dia en que, vencidos todos los inconvenientes, recibió de manos del maestro general de la orden, Fr. Felipe de Guimeran, el hábito de nuestra Señora de la Merced, en el dia de jueves santo 20 de mayo del año 1619, cuando contaba cuarenta

y nueve de edad; y en el dia tercero de Pascua del Espiritu Santo del siguiente año hizo los tres votos en manos del mismo general.

Desde este dia, si cabe, renovó sus fervores y emprendió un tenor de vida como si entonces comenzase el camino de la perfeccion. Cien veces al dia alababa á Dios, ó por mejor decir todo el dia, todas las horas, y todos los instantes, trabajando infatigablemente por la salvacion de su alma. Asombran á la verdad, las mortificaciones que inventó para crucificar su carne: llevaba pegado al pecho un peto de espinas, y unas cruces anchas sembradas de puntas de hierro á las espaldas, y oprimidos los brazos con insoportables ligaduras, usando no pocas veces en la cabeza de una corona de espinas: rasgaba sus delicadas carnes con sangrientas disciplinas, y por la noche se ocupaba con una pesada cruz al hombro en seguir el camino del Via-Crucis, contemplando en los misterios de la pasion de su amado, cuyos pasos tenia repartidos en el jardin, procurando al fin imitar á Jesus en la violenta postura, que le pusieron en el Calvario. Solo la vista de los cilicios, é instrumentos de mortificacion que se conservan en el convento de Sta. Bárbara de Madrid, con las cruces y otras reliquias de su penitencia hacen estremecer: de ellos llevaba salpicado todo el cuerpo, y herida su carne, causándola los dolores mas vivos, y aun martirio continuado.

Un conjunto de santidad tan admirable la granjeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en muchos lugares de España, adonde penetró el olor de sus virtudes. Principes, grandes, señores y señoras venian á visitarla á su pobre celdilla; se encomendaban á sus oraciones, y la hacian árbitra en los negocios mas arduos é interesados. Por especial breve de Paulo V se le concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa comunión; no habiéndose desdenado de servirle de capellan, entre otros personajes eclesiásticos, el Sr. D. Gabriel Trejó Pan y Agua, cardenal de la santa Iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente de Castilla. En medio de la comun estimacion que hacian de su persona, y de la veneracion que la tributaban como á Santa, era tal su humildad y el desprecio que hacia de todas las honras mundanas, que todas éstas las tenia en mas vil precio que el polvo de la tierra, y á sí misma por mas despreciable que las mismas honras. Un solo suceso de su vida, entre infinitos que se pudieran referir, manifiesta el alto grado en que poseyó estas virtudes. Salió un dia de paseo á la fuente Castellana la reina Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la

acompañase en el paseo. Recibió la Santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podría resultar alguna ocasion de vanidad, y superior por otra parte á todas las grandezas del mundo, mandó decir á la reina que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta llena de heroismo fué muy del agrado de aquella reina católica, y aumentó prodigiosamente la fama de la virgen María Ana.

Ya no la quedaba á esta sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fué muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fué portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para entrar á las bodas eternas. En efecto, jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunión, con cuya medicina se templaban las ansias y congojas que la hacian padecer su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, y á tener el consuelo de recibir su bendicion y oír sus últimas palabras. Hasta la católica reina D.^a Isabel de Borbon envió á D.^a Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita, y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortando á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrimando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó trasportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fué para ella la muerte. Sucedió ésta miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento, y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

Al dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico que se construyó en medio de la capilla mayor de

la iglesia de Sta. Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que concurrieron á venerarla fué tan grande, que no cabiendo en las calles y plazas tuvieron que salirse al campo. Unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fué, que habiendo concurrido al sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa virgen, y hallando que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todos un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. Este decreto se dió dia 9 de agosto de 1761; y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público y manifiesto á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada.

SANTA POTENCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR.

AUNQUE de Sta. Potenciana, cuya memoria se celebra en el obispado de Jaen, no se ha podido adquirir noticia cierta de su patria, como ni de su admirable vida, á pesar de las mas esquisitas diligencias que se han hecho en su busca, con todo nos consta de su culto inmemorial en el territorio de Andujar, y el descubrimiento de sus venerables reliquias en tiempo que el ilustrísimo señor D. Baltasar de Moscoso y Sandobal se hallaba obispo de Jaen. Supo este eminente prelado, que en una ermita intitulada de los Santos en las riberas del rio Guadalquivir, media legua distante del sitio en que aparecen las ruinas de la antigua liturgi ó Andujar la vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado de la tierra, en el que estaban escritas unas letras que decian: *Aquí yace el cuerpo de Sta. Potenciana*, la que era tenida en tanta veneracion entre aquellos naturales, que de todas partes concurrían á implorar el patrocinio de la Santa por medio de sus religiosos votos, y de sus fervorosas oraciones. Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandándole abrir, halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia esquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equívoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su ilustrísima la an-